

YEMEN AÑO V Y (2)

EL VIETNAM DEL ORIENTE MEDIO



Abdallah al Sallal, presidente del Yemen: sus adversarios le acusan de ser una marioneta de El Cairo. La situación yemenita es muy complicada.

Desde la revolución de 1962 no han cesado los combates en el Yemen. Pero no se trata sólo de una guerra civil: la Arabia Saudita financia y equipa los guerreros del imán depuesto, refugiado en las montañas, y 50.000 egipcios «protegen» al Gobierno republicano.

Olivier Todd ha descrito últimamente la movidiza situación de un país que intenta pasar directamente del siglo XI al XX. Hoy presenta al presidente Sallal, al que sus adversarios acusan de ser una «marioneta de El Cairo». Pero esto no es tan simple.

LOS últimos meses hubo varios atentados contra el presidente-primer ministro Abdallah al Sallal. Pero este terrorismo, que procede de la izquierda y de la derecha, refleja tanto la desesperación como la impotencia. Desde lo alto de sus montañas, los realistas de El Badr verían de buen grado a Sallal decapitado al estilo antiguo bajo la espada, si un día cualquiera no lo pulverizan ellos

La Arabia Saudita ayuda y sostiene las fuerzas realistas, cada día más escasas. Arriba, un asalto de los realistas contra una posición defendida por los egipcios.





Las tropas realistas del depuesto imán El Badr se entrenan en las montañas, a donde las han arrinconado los seguidores del presidente Sallal, dueños del país.

con una bomba. Esto no sería difícil, una hermosa mañana durante una ceremonia en la mezquita... o cuando el mariscal circula por medio de Sanaa entre un estrépito de sirenas y metralletas. La guardia especial del presidente, con blancos uniformes de opereta y serias miradas de G-men, no es una barrera infranqueable.

El aire ruidoso de los complots y contra-complots, de los procesos (donde el ministro del Interior hace de fiscal general) de «traidores» reales o imaginarios (frecuentemente muchachos) mantiene una cierta tensión, que motiva, más que la acción de los guerrilleros, la protección y la posición del presidente.

Para recibirnos —rodeado siempre de consejeros egipcios y ministros yemenitas (¿costumbre adquirida?, ¿temor de estar solo?)—, el presidente se ha vestido de civil.

siete años de cárcel

—Señor presidente, ¿se siente usted civil o militar?

En sus funciones y apariciones oficiales, vestido con el pesado uniforme de paño caquí, el mariscal Sallal no sonríe nunca. Ahora ríe abiertamente. Y una excelente respuesta:

—Civil para mi pueblo, militar para mis enemigos.

Este traje dulcifica los rasgos y el porte de Sallal. En uniforme, detrás de sus inmensas gafas negras, tiene un no sé qué de corsario, de duro, de falso. De civil, un encanto insospechado. Cuando chispean sus pequeños ojos negros, cuando se

enardece, nos recuerda —seguramente será por la barba— a Pierre Brasseur en «Kean».

Con cuarenta y cinco años, Sallal parece tener más de cincuenta y cinco. Grueso, sin ser pesado, ha engordado en cinco años de poder. Tiene la virtud de la larga paciencia y una tranquila seguridad: es el único político republicano de importancia que se ha mantenido en las crisis internas de la República.

Un perfil civil, otro militar. Pero —y esto es capital en este país que ha vivido en la Edad Media hasta 1962 y que todavía continúa aglutinado alrededor de un islamismo más profundo y sincero que el de Egipto, Marruecos o Argelia— Sallal tiene también una doble «pedigree»: popular y noble.

Popular: Sallal es hijo de un herrero, y como tal lo ven el pueblo de las aldeas, al que sabe hablar con cariño y cinismo. Noble: en el plano de lo religioso pertenece a la secta de los zeiditas, y los miembros de las tribus que, poco a poco, abandonan al imán y al realismo son zeiditas...

Sallal conspiró contra el viejo Ahmed, el imán sanguinario que mató por su propia mano a sus hermanos. Sallal estuvo siete años en la cárcel. Eso no impidió que el imán El Badr —ahora en la guerrilla— nombre al coronel Sallal jefe del Estado Mayor algunos días antes de la revolución de 1962. «El oportunista Sallal» afirman sus adversarios republicanos, con el mismo tono con que acusan a Sallal de beber whisky estando el alcohol prohibido en el Yemen, o de mascar kat, la droga azote del Yemen.

Desde 1962, Sallal juega, ha jugado, jugará a fondo, la carta egipcia. Sin embargo, hace dos años, después del acuerdo de cese el fuego —no respo-

lido— firmado por Faisal y Nasser, se puso en guardia. Entonces se le consideró demasiado duro por no querer compromisos ni reconciliación con los realistas. Estando el año pasado en El Cairo «por motivos de salud», su primer ministro, general Amri, trató de derribarlo y fue a El Cairo acompañado de ministros y oficiales. Los egipcios resolvieron la lucha a favor de Sallal e inmediatamente detuvieron a Amri. Sallal volvió al Yemen y llegó a Sanaa en compañía de algunos tanques egipcios.

una palabra olvidada

Mientras que saborea un jarabe le preguntamos:

—¿Hay diferencias ideológicas entre los republicanos yemenitas y los egipcios? —se echa hacia atrás, se envara un poco:

—Los principios del veintitrés de julio y del veintiséis de septiembre (1) son los mismos. Nuestra revolución es progresista y revolucionaria... Vamos en la misma dirección.

—¿Qué dirección, en la política interior?

—Nuestro gobierno es nacional, progresista, revolucionario.

El mariscal evita —¿o acaso olvida?— la palabra **socialista**.

—Contamos con la mayoría del pueblo, excepto una minoría que comprende los traidores y sus agentes...

—¿Por qué el mariscal y el Yemen tienen necesidad de la ayuda egipcia?

El táctico responde:

—Tenemos la experiencia de las revolu-

SIGUE

(1) Aniversarios de las revoluciones egipcia y yemenita.

ciones fracasadas de mil novecientos cuarenta y ocho y mil novecientos cincuenta y cinco, que fueron aplastadas con la ayuda del colonialismo británico y de los reaccionarios sauditas. Eso motivó que, en mil novecientos sesenta y dos, pidiéramos ayuda al presidente Nasser.

Como muchos de los revolucionarios yemenitas, incluso antisallalistas, Sallal insiste sobre este punto: la revolución no fue exportada por los egipcios. Pero la situación es muy clara: mientras que al Federación, situada al Sur, alrededor de Aden, se mantenga en la órbita británica, mientras que los sauditas, armados por los americanos y los ingleses, amenazan a la República por el Norte, los egipcios, asegura Sallal, deben seguir en Yemen.

¿Hacia dónde se dirige, a la larga, el sallahismo?

El mariscal piensa, como muchos yemenitas republicanos o realistas, que Aden y el «Yemen del Sur ocupado» deben volver a la República yemenita. Sostiene al FLOSY (Frente para la liberación del Yemen del Sur ocupado), cuyo cuartel general está en Taiz, al Sur del Yemen.

una lección de prudencia

¿Inmediatamente? ¿Está dispuesto el mariscal a incluir un Yemen que, engrandecido de esa forma, estaría en sus límites verdaderos en una Gran Arabia que iría «del golfo de Aden al océano Atlántico»? ¿Una Arabia que, pivotada sobre El Cairo, sería un Cuarto Mundo, un tercer bloque que inquietaría tanto a los dirigentes de Moscú como de Washington?

De ninguna manera: Sallal es también muy sensible a las exigencias del nacionalismo yemenita. Además, después de la experiencia siria, los egipcios son mucho más prudentes. Aquí coinciden la prudencia sallahista y la prudencia nasseriana. Ciertamente, Sallal es un seguidor de Nasser, pero seguramente no es una «marioneta egipcia».

A veces, el mariscal, por debilidad intelectual como tantos dirigentes del Tercer Mundo, manifiesta una admiración desenfrenada por De Gaulle (que no ha reconocido a su régimen ni le ha ayudado).

—¿Quién resiste a los americanos tanto como De Gaulle! —dice Sallal con el tono de Murat hablando de Napoleón y los ingleses.

El mariscal toma al general por «un socialista», ¡nada menos! Es difícil desengañarlo.

Teniendo esto en cuenta, es difícil definir el socialismo del mariscal. Es desvaído, flojo, parcial.

—Nosotros —dice— estamos dispuestos a aceptar ayuda de todos.

El empirismo económico que prolifera en el Yemen es independiente de la voluntad de los yemenitas. ¿Cómo puede haber un plan general cuando los chinos construyen carreteras y también los americanos? ¿Cuando los rusos equipan las escuelas y Kuwait hace lo mismo? ¿Cuando los escasos estudiantes van a El Cairo y a Praga? ¿Cuando los egipcios controlan todas las operaciones financieras?

unos salvajes muy amables

Desde 1962, todos los gobiernos yemenitas han marchado sobre una economía mixta, pero esta economía no fue escogida libremente, sino que venía impuesta de fuera. Por eso, al lado de inmensos progresos en todos los terrenos, se ven también fenómenos absurdos: en los comercios de Sanaa —donde hasta hace poco no se ha instalado la radio— hay receptores de televisión, a pesar de que, por supuesto, no hay emisoras. Y muchas



La confrontación yemenita movilizó a egipcios y sauditas. Arriba, el tío del imán muestra el plan de ataque a sus soldados armados con fusiles procedentes de Arabia. Abajo, un oficial egipcio enseña el manejo del mortero a los guerreros yemenitas republicanos. Los instructores de la RAU son muy numerosos en toda la zona republicana.



otras cosas que no se pueden utilizar o que son absolutamente inútiles. Nada indica que el mariscal o los sallalistas que le rodean hayan examinado seriamente todos los problemas de una economía potencialmente rica, pero extraordinariamente subdesarrollada.

Los sallalistas están también desbordados por los expertos. Los americanos son mantenidos a distancia. Se dedican tranquilamente a sus «proyectos» de irrigación, se hacen detener de vez en cuando y se lamentan de que no se elogien sus esfuerzos. Los rusos se mantienen a distancia y viven como los americanos: viendo a los expertos soviéticos en sus edificios climatizados de Hodeida, el gran puerto del mar Rojo, comprendo por qué «Jeune Afrique» podía oponer en el cómic «Séraphina» su heroína-idea-fuerza a la «República soviético-americana». Los expertos chinos del Yemen son los más silenciosos, los más reservados. Viven duramente, con salarios bajos: es el precio que hay que pagar cuando se está desarrollando el proletariado industrial incipiente en las ciudades.

El problema de los numerosos expertos egipcios, civiles y militares, es más agudo aún. Son de una buena voluntad, de un tesón y de una fe revolucionaria insuperables, pero, a pesar de ser árabes también, son «extranjeros». A veces no pueden ocultar que consideran a los yemenitas como buenos y entusiastas, pero también dulces salvajes.

Los republicanos yemenitas y los egipcios son víctimas de la dialéctica creada por la guerra de liberación: en 1962, los egipcios llegan como liberadores y revolucionarios que ayudan a un país a pasar del siglo XI al XX. Construyeron escuelas, excavaron pozos, llevaron médicos, profesores... Sin quererlo ellos, poco a poco se convirtieron en una especie de oficiales de asuntos indígenas. Es preciso ver a los niños besando los pies de un coronel egipcio como antes besaban los pies de un noble *sada*, como besan todavía los de sus padres, para darse cuenta que el paternalismo —no he dicho «colonialismo» o «imperialismo»— sigue manteniéndose.

En todo caso, el Yemen no podrá proseguir su salto adelante económico, tomando **independientemente** las decisiones esenciales, mientras esté amenazado militar y políticamente por sus fronteras. Hace diez días, curiosamente, se anunciaba en Washington «la vuelta de la guerra», el *show-down*, entre republicanos y realistas. Ahora se trata de saber lo que Faisal hará por el norte, lo que se le dejará hacer: los americanos le han entregado cohetes tierra-aire «Hunt», los ingleses le han provisto de aviones «Hawker Hunt», ha reclutado dos mil mercenarios ingleses y cuatrocientos franceses. Solamente Faisal puede revitalizar las fuerzas en desbandada del imán. En el sur, sobre la otra acera del Yemen, por Adén y los protectorados británicos, hay 20.000 soldados ingleses, muchos de los cuales sirven de instructores a las tropas de los emires y sultanes feudales, violentamente opuestos a la República yemenita.

A propósito del Yemen se ha hablado mucho del «Vietnam de Nasser». Pero el «Vietnam del Yemen» no pertenece al pasado, sino a un futuro posible: antes de que los británicos «dejen» Adén, en 1968. En Washington se habla con agrado de «dividir el Yemen en dos». Para ello sería preciso antes reconquistar esa mitad del Yemen y ofrecérsela al imán... Entonces, además de todos sus problemas económicos fundamentales, el Yemen volverá a encontrarse con los problemas militares que ya tenía casi resueltos.

OLIVIER TODD

Fotos: Cifra y Archivo



Aunque se teme una intervención exterior, hoy la situación militar está más tranquila, pero aún así nadie se libra de la psicosis de guerra. Este niño juega con las armas de su padre, soldado realista.